

UNIDAD V.3:

El valor literario y didáctico de la Literatura Juvenil en la Educación Secundaria Obligatoria

Julián Montesinos Ruiz *

1. **La necesidad de la Literatura Juvenil en la formación del hábito lector**
2. **¿Qué entendemos por Literatura Juvenil?**
3. **Algunos autores y tendencias actuales de La Literatura Juvenil**
 - 3.1. Los orígenes.
 - 3.2. La posguerra (1939-1960).
 - 3.3. El predominio del realismo (1960-1970).
 - 3.4. De la década de los 80 a la actualidad: creatividad y uniformidad.
4. **Bibliografía**

* Julián Montesinos Ruiz es profesor de Lengua y Literatura del IES *Misteri d'Elx*, de Elche, y profesor asociado de la Facultad de Educación de la Universidad de Alicante. Es especialista en Literatura Juvenil y en didáctica de la lectura.

ción lingüística y literaria en Secu
ndaria **La educación** lingüíst
ística y literaria en Secundaria
La educación lingüística y lite

El valor literario y didáctico de la Literatura Juvenil en la Educación Secundaria Obligatoria

Julián Montesinos Ruiz

“Un curso de literatura no debería ser mucho más que una buena guía de lecturas”.
(Gabriel García Márquez, *EL PAÍS*, 27 de enero de 1981)

I. La necesidad de la Literatura Juvenil en la formación del hábito lector

Que existe la literatura juvenil pudiera parecer una afirmación peregrina, pero es sin duda necesaria a tenor de la minusvaloración a que es sometida desde diferentes ámbitos, mayormente en el educativo. Por tanto, tendremos que desoír cualquier opinión que ponga en duda, a estas alturas, la existencia de una literatura juvenil consolidada, pues el marchamo de LJ no sólo da nombre a innumerables publicaciones, congresos y seminarios, sino que también sostiene una buena serie de proyectos editoriales afianzados, aunque con un catálogo de autores y obras, claro está, de desigual calidad literaria. Hecha esta matización, afirmamos que, por las características específicas que luego explicaremos, no cabe duda de que la LJ tiene cada vez mayor presencia no sólo en las aulas de Secundaria, sino también en las facultades de Educación, no así, desgraciadamente, en las de Filología.

No hay que perder de vista que el objetivo de la presencia de la Literatura Juvenil en el currículum y en las programaciones de aula no es otro que el de contribuir a fortalecer el hábito lector, esa destreza lingüística que requiere de cierta frecuentación de la lectura para afianzarse, tal y como se ha expuesto en el capítulo referido a la *Creación de Planes de Lecturas*. Desde el principio se ha de tener claro que la finalidad es disminuir los paupérrimos niveles lectores que exhiben los alumnos de Secundaria. De ahí que, una propuesta didáctica fundamentada en la LJ encuentre perfecto acomodo en el “currículum abierto” de la LOGSE, en los planteamientos procedimentales en ella propugnados y escasamente seguidos, y en dos de los objetivos básicos de la etapa: leer para adquirir información (sería el valor transversal de la lectura, entendida como un instrumento para acceder a la información); y leer como fuente de enriquecimiento personal (que significaría el valor estético y formativo de la lectura, considerada como un fin en sí misma).

Por otra parte, somos conscientes de que con el tradicional corpus de obras clásicas no se consigue fomentar el hábito lector en Secundaria, sino que, al contrario, desciende considerablemente el interés por la lectura, pues los alumnos asocian las obras clásicas a las imposiciones de un profesor preocupado por transmitir, por inercia formativa, los conocimientos teóricos que alimentan el conjunto de obras clásicas, y de paso proponer este tipo de lecturas, aun a sabiendas de que en ninguna legislación se exige que se lea el corpus de obras que integran la Historia de la Literatura Española, objetivo que pertenece a los cursos del actual Bachillerato y no a la Educación Secundaria Obligatoria.

Para fomentar la lectura hay que hacer, en primer lugar, una nueva distribución de los contenidos de las programaciones y no aspirar a enseñar (en 3º y 4º de ESO) la Historia de la Literatura a través de la lectura completa de los libros más representativos de cada época, sino pretender, más bien, ofrecer un corpus de obras, a ser posible consensuado con expertos en promoción de la lectura, con el que favorecer la formación del hábito lector a partir de libros más próximos y asequibles a los alumnos.

Para conformar nuestro corpus personal de lecturas, hemos tenido que rastrear los orígenes de la Literatura Infantil y Juvenil para demostrar la validez literaria que posee este subgénero, y considerarlo también como un estadio intermedio diferenciado y adecuado al período educativo de la Secundaria. Hemos aceptado que la Literatura Juvenil supone un modo particular de leer, y, siguiendo a García Padrino, considerarla como una “literatura de transición” de óptima calidad para fortalecer el músculo lector del alumno, y no como una “literatura sustitutiva” de la clásica. Asimismo, hemos tenido que elaborar un corpus de lecturas abierto e integrado por treinta obras para cada nivel, aspectos todos ellos que luego matizaremos.

Surgen, como es obvio, muchas preguntas: ¿qué lecturas son las más convenientes para fomentar el hábito lector?, ¿qué modelo de lector queremos conseguir?, ¿se corre el riesgo de privar a nuestros alumnos de las obras claves de la historia de la literatura?, ¿existe, por otra parte, una relación de obras que puedan considerarse clásicas dentro de la Literatura Infantil y Juvenil? Estudios recientes coinciden en señalar que sí. (García Padrino, 1998b:99-106; Teresa Colomer, 1999:63-159). No obstante, algunos estudiosos (A. Díez Mediavilla) prefieren promocionar las obras y ciertos textos adaptados de autores clásicos (a través de una *lectura didáctica*), en vez de aceptar obras de Literatura Juvenil, que, a su juicio, sólo resisten una *lectura lúdica*:

No debería plantearse (...) un modelo de literatura infantil y juvenil de caracteres específicos que en el fondo sólo resulta ser, en la mayor parte de las ocasiones, una añagaza tras la que esconder determinadas simplificaciones o evidentes ineficacias. Sí puede parecer razonable, incluso necesario, seleccionar de la producción literaria general aquellos textos que mejor sintonicen con el gusto, las inquietudes o las capacidades de los lectores catecúmenos o en proceso de maduración, y formar con tales obras colecciones especialmente diseñadas y editadas en función de tales receptores, no lo es tanto pretender que exista un subgénero literario propio que pueda definirse con el apelativo de “infantil y juvenil” (2000:72).

No cabe duda de que son realidades distintas y que no deben ser incompatibles el hecho de reivindicar una estrategia de “cercanía didáctica” de los clásicos literarios (la editoriales Araluce, Espasa- Calpe, Ediciones de la Torre y Alfaguara han editado clásicos adaptados) con el reconocimiento de la existencia de una Literatura Juvenil, que, a nuestro juicio, constituye ya un subgénero literario dotado de una incuestionable entidad propia.

La propuesta quizá más interesante en cuanto a si existe una Literatura Juvenil específica ha sido expuesta por Jaime García Padrino, quien ha reconocido la conveniencia de desligar del término genérico de Literatura Infantil el marchamo de Literatura Juvenil. Parte este investigador del escaso interés que los alumnos sienten hacia la literatura clásica, para proponer no tanto su sustitución como el desarrollo de otras posibilidades didácticas, entre ellas: las adaptaciones de las obras clásicas, siguiendo el ejemplo de la editorial Araluce a principios del pasado siglo. Pero en lo que atañe a nuestro propósito de definición, concluye que la LJ existe, y que ha sido promovida tanto por la necesidad que han tenido los docentes de mantener determinados hábitos lectores, como por unas estrategias editoriales que buscan la adaptación de sus productos al mundo específico de los jóvenes.

Por otra parte, estamos convencidos de que este cuestionamiento general acerca de la validez didáctica de la LJ obedece, en primer lugar, al desconocimiento de algunos docentes; y, en segundo, a la invisibilidad y desamparo críticos que sufre esta literatura, a la carencia de un análisis especializado que la haga presente no sólo en los medios de comunicación, sino, sobre todo, en las facultades de Filología y Educación. A este respecto, J. García Padrino reclama mayor atención de los investigadores universitarios:

Pretendo plantear con mi ponencia la deseable conquista de unos terrenos para la Historia de la Literatura Infantil y Juvenil, que hoy resultan habituales para la Historia y la Crítica de la Literatura General (1998b:100).

Es cierto que, aunque con lentitud, la Didáctica va estando presente en las facultades en que se enseñan asignaturas que luego se van a impartir en los IES. Pero no lo es menos la ausencia de estudios hermenéuticos y fiables sobre Literatura Juvenil. En este sentido, fue el pionero investigador Juan Cervera quien manifestó reiteradas veces la idoneidad de la LJ como un tipo de lectura necesario en el proceso de formación del lector, y señaló la conveniencia de que la Literatura Juvenil fuera estudiada en las facultades de Filología y Educación.

Actualmente, sólo existe la asignatura de literatura juvenil, con el título de *Literatura de la Adolescencia y la Juventud*, dependiente del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura, de la Facultad de Ciencias de la Educación, en la Universidad de Cádiz, a cuyo cargo está el profesor Antonio Moreno Verdulla, quien se centra en la descripción y límites de la Literatura Juvenil, en el estudio de los géneros, tendencias, obras, autores, y en las diversas propuestas de animación a la lectura. Se trata, por tanto, de una oferta diferenciada, que utiliza a su vez innovadores soportes informáticos y multimedia. En cualquier caso, la carencia de una crítica solvente es pareja al desinterés general hacia la LJ (la atención es puntual y se reduce a cursos y actividades sin continuidad académica, aunque justo es reconocer la redacción de algunas tesis doctorales sobre autores representativos de la LJ). A ello se refieren Amando López y E. Encabo:

Hay que replantear lo establecido respecto al trato que se confiere a esta materia y valorarla de un modo distinto. Es un tanto triste comprobar cómo la realidad de la Literatura Infantil y Juvenil, con más de cuatro mil títulos editados, con una población lectora importante y con bastantes colecciones, no tiene la valoración ni la trascendencia social que debería poseer, así como tampoco la correspondencia que debería ser necesaria en el proceso formativo de las personas que un futuro se vayan a dedicar a la docencia, tanto en Educación Primaria como en Educación Secundaria (2001:82).

El desamparo crítico y el desinterés general de los docentes hacia la Literatura Juvenil que el profesor Juan Luis Luengo denunciara en 1997, siguen siendo actualmente una verdad inexorable, circunstancia que frena el reconocimiento de la LJ como instrumento imprescindible para formar el hábito lector en los IES. Las palabras de este profesor son elocuentes, si bien se atisban ya cambios en muchas facultades de Educación, que han incorporado programas de doctorado, en los que se atienden a la realidad social, educativa y literaria de la Literatura Juvenil:

...la Literatura Juvenil sufre en la actualidad todas las displicencias y desconsideraciones que en su día le tocó padecer a la Infantil, particularmente en el mundo universitario. En algunos centros de enseñanzas medias se trabaja la narrativa juvenil contemporánea, con timidez y reticencia. Aunque el número de profesores y alumnos implicados se incrementa paulatinamente, los resultados y validaciones están aún por evaluar. Los CEP apenas programan sesiones de formación concernientes a la Literatura Juvenil. Los CAP tampoco atienden a esta irrupción editorial ni a su consecuencia en el hábito lector de los adolescentes. Y la Universidad, en su dimensión ordinaria y reglada, simplemente no la considera. Salvo honrosa excepción, sobre la Literatura Juvenil se reflexiona de manera dispersa y fragmentaria en revistas más o menos especializadas y en congresos o jornadas bajo el auspicio de la coletilla "...y juvenil". Lamentablemente, esta literatura tiene aún su estatuto prácticamente sin configurar (1998:211).

2. ¿Qué entendemos por Literatura Juvenil?

Desde una perspectiva fundamentalmente educativa y literaria, la Literatura Juvenil que defendemos sería aquella que:

A. Posee un **léxico adecuado** a la competencia lectora de los alumnos, y permite un progresivo perfeccionamiento verbal. Dado que la magnitud de la ignorancia léxica del alumnado es, por lo general, considerable, conviene que los libros elegidos en cada curso posean dispar grado de complejidad. En este sentido, es pertinente recordar que debe existir un grado de connivencia e idoneidad entre el libro y el hipotético lector, pues los alumnos tienen diferentes niveles de competencia lectora y gustos temáticos también heterogéneos. La Literatura Juvenil, entendida como ese acervo de lecturas más próximas e inteligibles para el lector adolescente, permite, de manera más sencilla, el progresivo fortalecimiento del hábito lector.

B. Ha de convertirse esta LJ en una **literatura experiencial** (en una educación literaria más que en una enseñanza de la literatura), en el sentido de que este tipo de literatura influye en la vida de los alumnos al mostrar conflictos propios de la juventud. Este carácter experiencial de la LJ coincide con la opinión de Gabriel Janer, para quien la LJ no lo es tanto porque habla del mundo de los jóvenes, como por el hecho de que esos textos aglutinados bajo el marchamo de "narrativa apta para jóvenes" hablan directamente a los jóvenes, hasta lograr esa identificación entre ciertos personajes y los hipotéticos lectores (1995:70).

En esta misma idea insiste, desde hace ya muchos años, Francisco Cubells: "Podríamos, por tanto, caracterizar como juvenil no aquella literatura que leen los jóvenes o adolescentes o que se quisiera que leyesen, sino la que aborda problemas específicamente juveniles o también de la adolescencia, dada la prolongación que actualmente se da en esta etapa bisagra de la vida" (1989:16).

De ahí que la LJ que nosotros defendemos sea un corpus de obras adecuadas a un estadio transitorio de la vida de los adolescentes, con un grado "aceptable" de dificultad léxica, con una sencilla complejidad temática y un nivel creciente de dificultad estilística y narrativa.

C. Ha de propiciar, asimismo, un diálogo inteligente entre el lector y el libro, de modo que coadyuve a la **formación del pensamiento crítico y estético de los alumnos**; quiere esto decir que es lícitamente pedagógico proponer inocuas actividades después de la lectura, planteadas, por supuesto, sin un afán exhaustivo y contro-

lador, y basadas fundamentalmente en la comprobación del nivel de comprensión lectora que los alumnos han logrado.

D. La LJ **debe huir tanto de la moralina** con la que ha estado atenazada durante años, como de los libros por encargo en que se desarrollan los temas transversales, pues toda literatura debe crear mundos estéticos y autónomos de significado, que surjan de la necesidad interior del escritor. Este difícil equilibrio lo razona ciertamente Emili Teixidor (2002:24) cuando afirma que la LJ ha de huir de la disyuntiva de la “literatura de valores o el valor de la literatura”, pues en la Literatura Juvenil caben todos los temas siempre que sean tratados con verdad y sin crudeza, y siempre, obvio es decirlo, que esté escrita con rigor y calidad.

Más explícita resulta la alusión de Marc Soriano, para quien la LJ sigue condicionada por una serie de tabúes, entre los que destacan: la ausencia del tratamiento de la sexualidad, la imposibilidad de formular una crítica a la religión dominante o al hecho religioso en su conjunto, la carencia de escenas alusivas a la excesiva autoridad familiar o al predominio de familias desestructuradas, el deseo de preservar la infancia como si fuera un paraíso ajeno a la realidad cambiante... Todo ello le lleva a afirmar que “la literatura infantil, mucho más que la adulta, avanza a pasos sumamente prudentes, como si estuviese pisando huevos” (1995:676). Debemos precisar que esta crítica a la literatura infantil habría que extenderla a la Literatura Juvenil, en la medida en que la presencia de algunos de los temas anteriormente aludidos como tabúes son tratados también de un modo superficial en la LJ, al ser considerados modelos estereotipados sin ningún rasgo trasgresor.

Por otra parte, la Literatura Juvenil ha de proponer, según Ballaz (1999:21), una escritura de obras cada vez más polisémicas, alejadas de los tabúes temáticos que la constriñen y la barnizan con una pátina ejemplarizante. A esta libertad temática se refiere también José María Merino, cuando afirma: “cargar la enseñanza de la literatura con elementos de formación moral y cívica es olvidar que buena parte de la historia de la literatura está constituida por textos subversivos de los valores de su época” (1994:25).

Asimismo, desde el punto vista formal, se aboga por una literatura no tan lineal, pero sí fragmentaria y ágil.

E. La LJ es un nuevo género de reciente creación, como lo ha sido también la escolarización obligatoria que ha favorecido en parte el desarrollo de la LJ. Como diría Jaime García Padrino, **la LJ es una “literatura de transición”** para el marco educativo de la adolescencia, y no una “literatura sustitutiva” de la clásica. A muchos libros de esta Literatura Juvenil (a este tipo de lectura próxima a los alumnos) Daniel Cassany los considera “libros anzuelo”, porque su objetivo inicial es “pescar lectores”, para conseguir progresivamente “lectores formados y críticos” (1994:508).

F. Los **destinatarios naturales** de este tipo de literatura **son los alumnos de Secundaria**, aunque la distribución temporal de los cursos académicos no siempre coincide con la madurez psicológica de los alumnos. De ahí que, si tenemos en cuenta la división de los estadios evolutivos de la lectura a los que se refiere Pedro C. Cerrillo, no se debiera identificar la Literatura Juvenil con todos los cursos de la Secundaria, sino más bien con los del 2º ciclo, porque los alumnos del primer ciclo son preadolescentes, que bien pudieran nutrirse, a juicio del citado profesor, de otros libros que pertenecen a la denominada literatura infantil.

G. Alejada de la moralina y de los temas transversales que aparecen en las “novelas de encargo”, la Literatura Juvenil puede convertirse en un instrumento para la **formación de los jóvenes** en el uso y conocimiento de las competencias lingüísticas básicas (Amando López y E. Encabo, 2001:85): esto es, a través de la LJ los alumnos podrán mejorar la **competencia comunicativa y la competencia literaria**, es decir, la escritura y la lectura creativas. De este modo, la LJ, que requiere precisamente una **lectura creativa**, se convierte en una herramienta transversal que facilita el acceso al conocimiento del currículum de Secundaria, al ejercitar la comprensión lectora y favorecer la competencia comunicativa y literaria (Amando López y E. Encabo, 2001:81).

H. La LJ no debe renunciar a la **calidad literaria** como rasgo fundamental e intrínseco a su esencia, ni atender tampoco a la confusión ni al servilismo fugaz de la moda que provoca un mercado tan amplio de publicaciones.

I. Una de las características de esta literatura es **su condición de invisible**. A pesar del cada vez mayor número de publicaciones y lectores, la existencia de una jerarquización elitista (E. Teixidor, 2002a:27) en la crítica literaria actual y cierta desatención informativa lleva a considerar la LJ como un subgénero. Se diría que no existe una hermenéutica rigurosa por parte de la Universidad ni de revistas especializadas, sino más bien una

crítica orientadora, livianas recensiones que influyen en los docentes y discentes, sin profundizar en sus logros literarios.

J. Eliacer Cansino (2003:34-36) afirma que más que describir las cualidades de la actual LJ, es conveniente reparar en los tres aspectos que a su juicio lastran y dificultan la configuración de este tipo de novelas como un género específico y solvente, con un destinatario concreto, pero de un espectro cada vez más amplio. Para este autor sevillano, **la novela juvenil actual adolece de monotonía** (“no posee ningún carácter de singularidad, y, por tanto, su producción es clónica, monótona y prescindible”); asimismo, es una literatura que abunda en la **banalidad temática** (“que no exige ningún esfuerzo, en la que el lenguaje pierde sus matices y en la que se prefiere escribir con el propio argot del joven no por una indagación sociológica, sino por hacerla más fácil”); y, por último, parece que los textos no surgen de una necesidad interior del escritor, son novelas “vacías”, *sin experiencia interior* (“muchísima literatura actual no está gestada suficientemente, se entrega abortada, expulsada o es sietemesina”). La calidad literaria de su obra *El misterio Velázquez* es suficiente principio de autoridad para justificar la crítica que este autor realiza de cierta Literatura Juvenil.

Después de haber expuesto algunos rasgos que definen la LJ, no queda más opción que reivindicar la validez didáctica, literaria, estética y formativa de este tipo de literatura apta como ninguna otra para la etapa de Secundaria, pues se trata de un género que posee una entidad *per se*, sin entrar a valorar ciertas afirmaciones tendentes a desprestigiarla. La Literatura Juvenil que defendemos surge de la íntima necesidad expresiva de un autor, que tiene presente cuáles son sus primeros destinatarios lectores (los alumnos) y que es consciente de que su obra puede ser un texto de transición hacia otro tipo de literatura, pero que, al mismo tiempo, lo dota de un valor literario más allá del estricto ámbito educativo, y garantiza, por tanto, el placer estético de los lectores adultos.

Por último, es pertinente reproducir los criterios literarios que, a juicio de Luisa Mora y José Morán, son los que han de regir todo libro que se precie de pertenecer a la Literatura Infantil y Juvenil. Para estos autores, valorar la dimensión estética y literaria de una obra de la LJ supone tener en cuenta:

- 1.- *Lo bello, lo inefable*. Es un criterio subjetivo que se refiere a lo que puede emocionar... La literatura sin adjetivos, lo poético, lo humano en sentido profundo... Según Bernard Epin, “el adulto debería prohibirse proponer al niño cualquier libro que no le procurara una satisfacción emocional realmente importante. Pero (...) no todo lo que es válido para el adulto conviene automáticamente a los niños”.
- 2.- *Una buena historia*. El joven lector exige que le cuenten una historia que le interese, en la que sucedan cosas comprensibles, con una credibilidad y una coherencia interna que haga innecesarias las varitas mágicas de última hora.
- 3.- *Un personaje de verdad*. Es otro de los pilares que mantiene en pie una obra... Sin restar importancia al papel del héroe, no es imprescindible que el personaje protagonista sea un niño, ni un animal, como tampoco es necesario forzar la identificación lector-protagonista.
- 4.- *El punto de vista adecuado*. Equivale a contar la historia desde la perspectiva idónea... Con frecuencia, todo parece la misma voz. O resuena la voz “niñoide”, pueril, falsificada, que supone no tomar a la infancia en serio.
- 5.- *El lenguaje y el estilo*. El estilo es algo personal, sobre lo que no se deben hacer objeciones. Sin embargo, cuando se escribe para niños hay que lograr la naturalidad, la frescura, la sencillez (evitando las excesivas dificultades que superan los conocimientos del lector, pero sin caer en la trivialidad)... Tampoco se puede olvidar la amenidad y el ritmo que ha de tener un texto para que el lector lo disfrute; aún más el niño o el joven, que no tienen reparos en ejercer su derecho a cerrar el libro que no les engancha, como ha recordado recientemente Daniel Pennac.
- 6.- *La extensión*. Una obra debe ocupar lo que sea preciso. Ni una línea más. Es preocupante que con frecuencia, los originales presentados sean más largos de lo que deberían... A veces, por el contrario, se percibe un rechazo apriorístico respecto a los libros voluminosos.
- 7.- *La resistencia en el tiempo*. Un buen libro debe perdurar, prescindiendo de las modas, las campañas de promoción o el último premio recibido. ¿Es objetivable esta cualidad? Quizás sí...
- 8.- *La capacidad de innovar y la originalidad*. Afortunadamente aún se pueden esperar muchas innovaciones temáticas, formales y estructurales... Hay muchas maneras de contar lo que ya dijeron los clásicos...
- 9.- *La universalidad*. Aun sabiendo que lo más local es también universal, hay que ofrecer al niño ámbitos que lo enriquezcan, que le muestren los diversos mundos a los que, como humano, pertenece. Por eso se ha de analizar el tratamiento que el autor otorga a las coordenadas espacio-temporales... Así se fomentan el desarrollo del sentido crítico y la sensibilidad hacia la solidaridad, los derechos humanos, la igualdad entre sexos y el respeto racial.
- 10.- *Los valores y los contenidos*. Desde luego, pasó el tiempo de moralejas y didactismos explícitos e implícitos, pero la postura ética adoptada en toda obra es algo que debe ser tenido en consideración; es más, resulta inevitable.

Porque la literatura cuenta la vida de un hombre que ama, llora, sonrío, juega, sueña, fracasa, viaja, bosteza o muere. Como ha señalado Concha López Narváez, “enseña a vivir, porque adentrándonos en las vidas de otros, comprendiéndolas, ordenamos y enriquecemos las nuestras”. Así pues, el escritor nunca puede renunciar a estos valores, porque si renunciara, no sería otra cosa que un entretenedor y sus escritos no tendrían mayor utilidad que la de un rompecabezas o un videojuego.

En cuanto a los contenidos, cualquier tema puede ser tratado, siempre que sea con coherencia, en la Literatura Infantil, ya que el niño necesita un horizonte polícromo, una visión múltiple y abierta al mundo (1996:58-60).

3. Algunos autores y tendencias actuales de la Literatura Juvenil

Una vez definida la Literatura Juvenil, conviene ahora trazar un marco histórico mínimo en el que situar a algunos de los autores fundamentales de este género, muchas de cuyas obras han sido incluidas en los listados de lecturas por niveles que figuran en el capítulo de la *Creación de Planes Lectores* de este mismo libro.

En este itinerario, no habremos de proceder con un criterio de totalidad, pero sí de rigurosidad, porque no es éste el espacio ni es nuestra pretensión enhebrar una breve historia de la Literatura Infantil y Juvenil en España (tarea ingente que ha sido realizada en gran parte por Juan Cervera, Carmen Bravo-Villasante, Jaime García Padrino y Teresa Colomer, entre otros). Sí pretendemos, no obstante, marcar las líneas generales, las etapas, las constantes temáticas (con un proceso de variedad y fragmentación cada vez mayores), así como aludir a los aciertos formales, aspectos todos ellos necesarios para situar los autores que a nuestro juicio son prioritarios, con el fin de seleccionar las obras claves para la formación del hábito lector del alumnado.

Asumimos por su funcionalidad didáctica, la común manera de estudiar la historia de la Literatura Infantil y Juvenil en España, acotándola entre el inicio de la posguerra y el tiempo presente. Pero antes, y siguiendo a Jaime García Padrino (1998b:99-106), hay que reivindicar la conveniencia de recuperar no sólo la importante historiografía que ha de conformar la historia de la LIJ (un pasado poco menos que olvidado y desconocido), sino reflexionar sobre otras consideraciones que él sitúa próximas a la sociología literaria: los gustos de los jóvenes de antaño, las diversas publicaciones, las revistas, la importancia de mantener vivo un catálogo de obras clásicas pertenecientes a la LIJ, los fondos y orientaciones de las editoriales más representativas de cada época..., una ingente labor que requiere mayor profusión de estudios y análisis sobre este tipo de literatura.

3.1. Los orígenes

Según Jaime García Padrino, la historia de la Literatura Infantil y Juvenil española tiene corta existencia. Este investigador resta importancia a la pretensión de Carmen Bravo-Villasante de situar el primer libro para niños en 1489, el *Isopete historiado*, impreso en Zaragoza. También relativiza la intención de Carolina Toral de ubicar a mediados del siglo XVIII el nacimiento de la literatura infantil a partir de las adaptaciones de ciertos clásicos. A juicio de J. García Padrino hay que fijar el nacimiento de la literatura infantil en España a finales del siglo XIX, al tiempo que rebate la opinión de Paul Hazard “sobre que en España no ha existido antes de 1932” (2000c:10-13).

Y por lo que respecta a la producción literaria del período anterior a la Guerra Civil española habría que tener en cuenta lo siguiente:

[Hacia 1885] hubo autores que merecen la consideración de clásicos, como principales o notables. Cito los nombres de Pilar Pascual de Sanjuán, Manuel Ossorio y Bernard, Julia de Asensi, Rafael Pérez Nieva, Carlos Frontaura, y, muy especialmente, José Muñoz Escámez, autor de una parte muy importante de los primeros “Cuentos de Calleja”, donde llegó a utilizar el seudónimo de “Doctor Caperucita”.

La aparición de un suplemento infantil, *Gente Menuda*, en el diario ABC, y después en la revista *Blanco y Negro*, por una parte, y los cambios de títulos instructivos por otros de carácter más recreativos o literarios, por otra, me permite señalar el año 1905 como el inicio de una evolución hacia una literatura infantil más contemporánea, o propia del siglo XX, (...) que se cerraría con la fecha trágica de julio de 1936. (...)

Ya en los años de la República, la Literatura Infantil Española va a desarrollar unos caminos auténticamente renovadores con la obra de Antoniorrobes, los nuevos personajes de Elena Fortún, Manuel Abril, Jesús

Sánchez Tena, y otros colaboradores en las revistas y suplementos infantiles de la prensa periódica, que en algún modo se convierten así en clásicos de nuestra Literatura Infantil Española (1998b:104).

Si nos proponemos fechar el origen de la LIJ en Europa, habremos de fijarlo en el siglo XVIII, ya que fue entonces, a juicio de Teresa Colomer, “cuando la infancia empezó a ser considerada como un estadio diferenciado de la vida adulta” (1999:82). En lo que concierne a España, esta investigadora coincide con Jaime García Padrino en situar el origen de la LIJ a comienzos del siglo XX, si bien hay balbucesos discontinuos a finales del siglo XIX, que pueden considerarse como el germen de este género literario:

Pero para hablar de una cierta base de literatura dirigida a los niños en España, hay que remitirse prácticamente a principios del siglo XX. Un hecho fundamental en lengua castellana es la existencia de la editorial Calleja de Madrid a partir de 1876. Saturnino Calleja se propuso con ella hacer asequibles y atractivos los cuentos y libros escolares para niños. Contribuyó, así, a difundir los cuentos de Grimm, Andersen, Perrault, etc., con un éxito de público del que da cuenta la frase popular “tienes más cuento que Calleja” (1999:94).

Antes de proceder a ubicar a algunos de los autores claves en el contexto de la historia de la LIJ (en nuestro caso nos limitaremos casi siempre a los últimos veinticinco años), convendría tener en cuenta otro modo de análisis y organización. Nos referimos al establecido por Francisco Cubells Salas (1990:7-15), quien en las páginas preliminares de un libro colectivo en el que se estudian las corrientes actuales de la LIJ, estableció una pormenorizada clasificación temática. Asimismo, no sólo se realiza un inventario de determinadas obras organizadas temáticamente, sino que en cada capítulo se encuentra el comentario de un escritor representativo de ese tipo de subgénero literario. Y esta relación de libros puede servirnos en nuestra finalidad de asesorar de modo individual a nuestros alumnos, pues sabido es que los adolescentes poseen diferentes niveles de competencia lectora (NCL) y unos gustos temáticos personales.

En el libro de Francisco Cubells, Carmen Bravo-Villasante reflexiona sobre la importancia de los cuentos populares y el folclore en el germen y gestación posterior de las literaturas infantiles y juveniles. Al relato fantástico se refiere Josep Albanell. José A. del Cañizo reivindica la importancia del “non-sense” o superrealismo infantil, en la medida en que el humor que emana del sinsentido es una fuente inagotable que propicia la reflexión. Jordi Sierra i Fabra ahonda en el relato de la ciencia-ficción, un subgénero en el que todavía no se prodigan muchos escritores. Por su parte, Joan Manuel Gisbert reivindica el valor de las novelas de aventuras por su importante capacidad ficcional, ajena a estériles entretenimientos. La novela histórica, en opinión de José María Merino, ejerce una poderosa atracción en los jóvenes lectores, idea que contradice la tiranía que parece existir al identificar novela juvenil con escenarios fundamentalmente contemporáneos. Para Andreu Martín la novela juvenil policíaca es un juego que requiere de un lector activo que no esquive de ciertas complicidades, de manera que el trabajo del escritor para mantener vivo el interés de la novela sea fundamental. Juan Fariás aboga por el realismo de la vida cotidiana y por la fidelidad emocionada en su reproducción. La dimensión psicológica de muchas novelas juveniles lleva a Alfredo Gómez Cerdá a creer que abundan las preocupaciones de los jóvenes, hecho que confiere a estos libros una acentuada dimensión introspectiva. A juicio de Monserrat del Amo, la presencia de muchos personajes colectivos es un rasgo que hay que tener en cuenta en la LJ. Por último, Antonio Martínez Menchén insiste en el valor de la denuncia social que se encuentra también en muchos libros de Literatura Infantil y Juvenil.

3.2. La posguerra (1939-1960)

No fue fecunda la producción de LIJ durante la larga posguerra. Para un análisis más exhaustivo existen varios libros fundamentales de conspicuos autores antes mencionados, si bien nos parece el de Teresa Colomer (*Introducción a la literatura infantil y juvenil*, 1999) quizá el más interesante, tanto cuando traza la evolución histórica del género como cuando intenta ordenar la literatura del siglo XX con toda su riqueza de tendencias, variedad temática, proliferación de autores y experimentación de formas narrativas (1999:63-159).

Nuestro rastreo de la LJ ha servido para incorporar a los Planes Lectores de un Centro Educativo aquellos títulos que, desde la receptividad del alumno, puedan ser leídos actualmente con cierto interés, dejando al margen el rigor histórico que nos obligaría a incorporar numerosas obras descatalogadas y quizá algo anacrónicas para la sensibilidad coetánea de un adolescente lector. En nuestro *Plan Individual de Lecturas (PIL)*, explicado en el capítulo de la *Creación de Planes Lectores* de este mismo libro, incluimos algunos autores significativos de este período de posguerra, e incluso un texto teatral de la Generación del 98, *La cabeza del dragón* (1930), de Valle-Inclán, así como algunos obras de Pío Baroja y Azorín. Ofrecemos a nuestros alumnos *Rompe-*

tacones (1939) del madrileño Antoniorrobes (1895-1983), importante autor que se inició en la Literatura Infantil con publicaciones en *Pinocho*, revista editada por Calleja y dirigida por Salvador Bartolozzi. Se podría decir de este autor, en palabras de Ramón Pérez de Ayala, que es “el primer escritor infantil, incluso en el sentido de *el único*”. (Véase un amplio estudio de su obra en la Biblioteca de Autor, que le dedica la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, de la Universidad de Alicante).

Incluimos también otro libro “inclasificable” sobre el que pesan ciertos prejuicios, según opinión de su máximo defensor contemporáneo, Emilio Pascual. Nos referimos a *Marcelino Pan y Vino*, publicado en 1952, distinguido con el Premio Lazarillo y con el Hans Christian Andersen, de 1968. Es cierto que este libro es coincidente y muestra cierta connivencia con las directrices que la Vicesecretaría de Educación Popular dio en su día, referidas al contenido religioso y moral que habría de predominar en cualquier obra destinada al público infantil y juvenil. Así lo recoge Teresa Colomer en su libro: “Solamente deben publicarse aquellos cuadernos en los cuales se reconozca un notable valor educativo, para lo cual los editores deberán seguir la tendencia de buscar argumentos en la literatura popular española o de la antigüedad clásica y, en general, sobre temas heroicos y morales” (1999:95). En cualquier caso, y aun prevaleciendo la omnipresencia temática religiosa, la calidad textual del libro justifica por sí sola su inclusión en nuestro proyecto.

La vida sale al encuentro (1961), del jesuita José Luis Martín Vigil, fue no sólo un rotundo éxito sino que se convirtió en un paradigma al unir los valores morales con el descubrimiento de los primeros sentimientos amorosos de los jóvenes. Aunque sea de un modo testimonial, está presente en nuestro *Plan Individual de Lectura (PIL)*, por su valor motivador para algunos alumnos lectores.

Asimismo, incluimos, por el factor sorpresa que puede provocar, una obra de Elena Fortún (1886-1952), *Celia, lo que dice* (1930), precedida en la edición de Alianza Editorial de un magnífico prólogo redactado por Carmen Martín Gaité. Esta obra ha sido incluida en *Las 100 del siglo XX*, lista auspiciada por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

En esta época restrictiva en todos los sentidos hay que distinguir la trayectoria literaria de, entre otros, los siguientes escritores: Mari Luz Morales, las incorporaciones de Gloria Fuertes, Carmen Conde y José M^a Sánchez Silva, así como Monserrat del Amo, Joaquín Aguirre Bellver, Isabel Molina, Concha Castroviejo, Carmen Vázquez-Vigo...

Por último, hay que decir que también se produjo una cierta parálisis temática que atenazó la Literatura Juvenil española, encorsetamiento que contrasta con la creación en Europa de obras tan significativas como *El principito* (1943), de Antoine de Saint Exupéry, y *Pippi Lanstrud* (1945), de Astrid Lindgren, novelas de cuya vigencia lectora no cabe dudar.

3.3. El predominio del realismo (1960-1970)

Con el levantamiento de la prohibición de publicar en España en las otras lenguas del Estado, puede afirmarse que se inicia un nuevo período en el panorama de la LIJ. Surgen con ímpetu revistas y obras escritas en catalán y gallego, mayormente. En general, cabe hablar de una Literatura Juvenil que exhibe cierta limitación de la fantasía y del humor para ahondar en el tratamiento de temas reales, y hasta de denuncia social.

Inmersas en esta corriente sobresalen *De un país lejano* (1963), de Ángela C. Ionescu, *Color de fuego* (1964), de Carmen Kurtz, *El polizón del Ulises* (1965) y *Paulina* (1969), ambas de Ana María Matute, así como *Zuecos y naranjas* (1968), de Monserrat del Amo, en donde se aborda por vez primera el tema de la emigración española a Europa.

3.4. De la década de los 80 a la actualidad: creatividad y uniformidad

Hay una serie de factores socioeconómicos que favorecen el auge de la literatura infantil y juvenil en esta década, como son el aumento de la calidad del nivel de vida, circunstancia que convierte el libro en un objeto de consumo al alcance de muchos estudiantes; el contacto directo con las literaturas de Europa, donde la libertad creadora no condicionó la Literatura Juvenil, como sucediera en nuestra larga posguerra; el proceso de normalización lingüística que conllevó la publicación de una abundante obra juvenil en las otras lenguas del estado; el fomento de la lectura en los centros educativos, tímida labor docente promovida al socaire de la Ley del 70, que a su vez incorporó, y con carácter obligatorio, la creación de las bibliotecas escolares; y, por último,

un empuje editorial sin precedentes, que se concretó en la creación de colecciones específicas destinadas a los niños y jóvenes.

Es en este ambiente cuando se produce una gran renovación temática y formal. Se advierte, paralelamente con el aumento de las publicaciones en otras lenguas peninsulares, una importante recuperación del folclore, cuyo principal compilador es Antonio Rodríguez Almodóvar, como lo atestigua su trascendental obra, *Cuentos al amor de la lumbre* (1984). De entre las publicaciones en las otras lenguas cooficiales, hay que reseñar autores como Bernardo Atxaga, *Un espía llamado Sara* (1996), y Mariasun Landa, de quien incluimos *Mi mano en la tuya* (1998) y *Cuando los gatos se sienten tan solos* (1997), dos solventes muestras de cierto “atrevimiento” temático (la soledad e incompreensión de una niña y los temores de otra ante los deseos maternos de organizar nuevamente su vida sentimental), todo ello unido a un estilo directo, de gran concisión. Incorporamos también, de Agustín Fernández Paz, *Cartas de invierno* (2000), una historia de amor y misterio ambientada en el interior de Galicia, y que cuenta con la aceptación continuada del alumnado.

En general, a la visión realista y más comprometida de la etapa anterior, se añade ahora una dimensión psicológica con temas que hasta la fecha eran tabúes en la LII, y de desarrollo exclusivo en la literatura de adultos. El primer amor y un perfecto análisis de los personajes lo encontramos en la bien escrita novela de Asun Balzola, *La cazadora de Indiana Jones* (1987). Y para alumnos del segundo ciclo de Secundaria, se abordan también el tema del amor y los trastornos de personalidad que acarrea, tal y como se muestran en las livianas novelas de Martín Casariego: *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero* (1995) y *Qué poca prisa se da el amor* (1997). Mención especial requieren los pioneros de esta fórmula narrativa que combina amor, humor, intriga, ambientes urbanos, acción trepidante y capacidad psicológica para abordar las cuestiones afines al lector juvenil, aspectos todos ellos que se concretan en las novelas de Andreu Martín y Jaume Ribera, entre las que sobresale *Todos los detectives se llaman Flanagan* (1991). El amor con claras alusiones sexuales y cierto desarraigo juvenil en los personajes se apunta en una novela menor de Rodrigo Muñoz, *Lo que no sabemos* (1996). También se trata la muerte y la concepción de la adolescencia como una encrucijada y una etapa de desconcierto, en la extensa e intensa novela de Gonzalo Moure, *El bostezo del puma* (1999). Esta variedad temática a la que hemos aludido, se fundamenta también en los submundos de la droga y la trasgresión que Juan Madrid desarrolla en *Cuartos oscuros* (1993), así como la magnífica novela de César Mallorquí, *El último trabajo del Señor Luna* (1997). Original planteamiento advertimos, asimismo, en la obra de Carmen Martín Gaité, *Caperucita en Manhattan* (1990), donde se defiende la búsqueda de la libertad y de la identidad personales.

Comentario especial merece la recurrencia con la que se abordan historias relacionadas con la Guerra Civil, un tema casi inexistente en las dos etapas precedentes. En *¡Canalla, traidor, morirás!* (1994), José Antonio del Cañizo crea una atmósfera donde el temor a las represalias de la guerra condiciona la actuación de un joven, cuyo silencio cómplice se convierte en el detonante de una acusación infundada. Mención especial requiere *Noche de voraces sombras* (2003), de Agustín Fernández Paz. En esta misma línea histórica se puede hablar de una corriente que ha querido adentrarse en el pasado colonial español, o mejor, en su lento desmoronamiento. Tal es el caso de las novelas de Ignacio Martínez de Pisón, *Una guerra africana* (1999), y de Lorenzo Silva, *El nombre de los nuestros* (2002), en las que se tratan la pérdida de las últimas plazas españolas en Marruecos, y se reflexiona sobre el sinsentido de la guerra.

El mundo rural es el marco de fundamentales novelas, algunas tan emblemáticas como la de Miguel Delibes, *El camino* (1950), cuya verdad y sentimiento provocado por la actuación de Daniel, el Mochuelo, siguen entusiasmando a un buen número de alumnos. En otras ocasiones, lo rural es un espacio al que se vuelve desde la urbe, como sucede en la novela de Pilar Molina, *El largo verano de Eugenia Mestre* (1987). El contacto fugaz con el ambiente rural supone el enriquecimiento vital de unos personajes que se encuentran en el tránsito hacia la madurez. Vinculado al ambiente rural, y aunque sea de un modo coyuntural, también surgen libros en los que se desarrolla de un modo principal el tema de la naturaleza, o mejor, de ciertos planteamientos ecológicos y solidarios más globales. Tal es el caso de *La tierra de las papas*, de Paloma Bordons (1996); *El río de castores* (1981), de Josep Albanell; y *Las otras minas del rey Salomón* (1989), de José A. del Cañizo, si bien es en *El hombre que plantaba árboles* (1954), de Jean Giono, donde de una forma literaria bella y delicada se plantea una conmovedora historia de amor a la tierra, tal y como exponemos en nuestros modelos de guías de lecturas presentes en otro capítulo de este mismo libro (*Creación de Planes Lectores*).

El afán de totalidad temática llega incluso a obras en las que el humor es lo fundamental, si bien, a pesar de ser un instrumento esencial para la educación, no puede decirse que proliferen obras con una marcada dimensión jocosa. Recogemos el conocido *Manolito Gafotas* (1994), de Elvira Lindo, como una muestra de “lec-

tura consensuada” con nuestros alumnos, a quienes tanto gusta este tipo de novelas con diálogos coloquiales y humorísticos. No en vano, esta obra ha sido incluida en *Las 100 del siglo XX*, hecho que nos ha movido a incorporarla también en nuestras guías de lecturas. Y para alumnos de 4º de ESO se recomienda una antología de humor de autores clásicos, *Relatos de humor del siglo XX*, en una edición de Castalia (2000), donde se recogen cuentos de Pérez Zúñiga, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Jardiel Poncela y García Pavón.

Ofrecemos, por otra parte, guías de lectura de obras ajenas a nuestra tradición literaria, pero que debido a su popularidad y al interés que suscitan entre nuestros alumnos, nos mueven a leerlas y, si es pertinente, recomendarlas. Nos referimos a *Harry Potter y la piedra filosofal* (1997), de J. K. Rowling, una sabia demostración de amenidad y de recreación del mundo de la magia. Mayor nos parece, sobre todo por su lograda dimensión literaria, la autónoma creación del mundo de la fantasía que lleva a cabo Michael Ende en su magnífica novela *La historia interminable* (1979). Estas obras cumplen un importante papel en nuestro *Plan Individual de Lecturas (PIL)*, en tanto sirven para atraer alumnos a la lectura y contribuir así a la formación de su hábito lector.

Habremos de aludir, por último, al hecho de que a esta variedad y riqueza temáticas le corresponde asimismo una no menor indagación en nuevos planteamientos narrativos y formales, entre los que caben reseñar el uso y abuso de la primera persona del singular en un claro intento por propiciar la identificación entre el hipotético lector y el narrador-protagonista de la historia. Para lograr este mismo efecto, se advierte una proliferación del diario, con algunas inesperadas variaciones, tal y como sucede en la obra de José Ramón Ayllón, *Vigo es Vivaldi* (2000), donde una profesora reelabora el diario inconcluso de un alumno suyo, fallecido tras un accidente. En otras ocasiones, se trata de reproducir el habla jergal de los jóvenes con abundantes y ágiles diálogos, como sucede en la novela de Jordi Sierra i Fabra, *Noche de viernes* (1993), o se exhibe un lenguaje mucho más literario para hacer creíble la caracterización de una época y de unos personajes, tal y como sucede en la novela de Eliacer Cansino, *El misterio Velázquez*, (1998), o *El capitán Alatraste* (1996), de Arturo Pérez-Reverte, donde el lenguaje es un elemento caracterizador más al servicio de la verdad de los personajes.

La literatura juvenil de la década de los 90 se caracteriza, asimismo, por cierto remanso frente al ímpetu creativo de los 80. Se ha producido una vuelta al gusto por contar historias, lo que ha permitido espigar un buen número de dignas novelas, muchas de las cuales hemos citado en el apartado anterior como muestra de esa riqueza temática a la que nos hemos referido, y otras las incluimos en éste por cuanto son modelos de esa recuperación de los géneros tradicionales. Tal es el caso de las novelas de aventuras, algunas histórico-fantásticas como *Finis mundi* (1999), de Laura Gallego; cierto auge de la novela histórica, *Las largas horas* (1997), de Concha López Narváez, texto ambientado en la trashumancia; *La espada y la rosa* (1993), de Antonio Martínez Menchén, novela desarrollada temporalmente en la Edad Media y espacialmente en el Camino de Santiago; la excelente novela de Eliacer Cansino *El misterio Velázquez* (1998); o la no menos sorprendente de Miguel Fernández-Pacheco *Los zapatos de Murano* (1996), una reelaboración del cuento de la *Cenicenta*. Esta cosecha de puntual calidad contrasta con el estancamiento a su vez de las formas narrativas, donde se advierte cierto adocenamiento y repetición de fórmulas, como se aprecia en las novelas epistolares, en el uso y abuso de la primera persona narrativa y en los diarios como recurso compositivo, así como una tendencia a la superposición fragmentaria de escenarios que recuerdan los planos propios del lenguaje cinematográfico.

Al margen de estos contrastes, para Teresa Colomer, en la década de los noventa, parece haberse producido “un estancamiento creativo que va produciendo libros sin pena ni gloria”. Y esto es así, “porque pocos títulos ofrecen la fuerza de unos personajes, de un mundo particular, de un estilo inconfundible, que permitan pensar que la experiencia de su lectura dejará huella y será evocada con esa especie de placer y de nostalgia momentánea con que los adultos recuerdan su entrada en la ficción” (2001b:38-39).

Frente a este empobrecimiento novelístico que ha arrojado por lo general novelas sin fuelle, sobresale una variedad temática tal que pudiera hablarse de cierta dispersión (homosexualidad, aborto, maltratos, inmigración, anorexia...) Esta heterogeneidad temática, que en sí misma no es contraproducente, ha lastrado muchas obras porque desde el principio han sido concebidas de modo oportunista, esto es, no como un objeto de arte en sí mismas, ni como respuesta a la sincera necesidad interior de un autor, sino como un medio para abordar en el aula los diferentes temas transversales recogidos en la última reforma educativa. Estas obras se convierten en “novelas documento” al servicio de la transmisión de una determinada información que interesa puntualmente a los jóvenes. Al mismo tiempo, este hecho ha propiciado un empobrecedor fenómeno de uniformidad temática y formal.

Pero para no acabar con una visión pesimista sobre el panorama narrativo actual, sirvan de aliento los siguientes títulos, novelas de gran calidad literaria, que hemos seleccionado entre muchas otras, a nuestro juicio, prescindibles: *La catedral* (2000), de César Mallorquí; *La casa de la luz* (2002), de Xabier P. Docampo; y *El tatuaje de la mariposa* (2002), de Philip Pullman. Asimismo, despuntan la magnífica novela de Jordi Sierra i Fabra, *Rabia* (2000), y *Nunca seré tu héroe* (2002), de María Menéndez-Ponte.

5. Bibliografía

- ❖ BALLAZ ZABALZA, J. (1999): “La lectura de los adolescentes en el futuro”, *CLIJ*, nº 112. Torre de papel. Barcelona.
- ❖ CANSINO, Eliacer (2002): “La mirada auditiva”, VV.AA. (2002): *Hablemos de leer*. Colección *La sombra de la palabra*. Anaya. Madrid.
- ❖ CASSANY, D.; LUNA, M. y SANZ, G. (1994): *Enseñar Lengua*. Graó. Barcelona.
- ❖ CERVERA, J. (1991b): “La Literatura de transición”, *Monteolivete*. nº 7. Universidad de Valencia, pp. 141-151.
- ❖ CERVERA, J. (1995): “La literatura juvenil a debate”, *CLIJ*, nº 75. Barcelona, pp. 12-16.
- ❖ CERVERA, J. (1998): “La literatura infantil, inabarcable”, *Homenaje a Juan Cervera*. Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil. Madrid, pp.9-24.
- ❖ CERRILLO, Pedro C.; LARRAÑAGA, Elisa; YUBERO, Santiago (2002): *Libros, lectores y mediadores. La formación de los hábitos lectores como proceso de aprendizaje*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- ❖ COLOMER, Teresa (1999): *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Síntesis Educación. Madrid.
- ❖ COLOMER, T. (2001b): “La literatura infantil y juvenil actual: entre la unidad y la fragmentación”, VV.AA. (2001): *La educación lectora*. Papeles de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Madrid.
- ❖ CUBELLS SALAS, Francisco (1990): *Corrientes actuales de la narrativa infantil y juvenil española en lengua castellana*. Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil. Madrid.
- ❖ DíEZ MEDIAVILLA, Antonio (2000): “Azorín en el aula (¿?). Algunas reflexiones sobre la lectura en la escuela”, en LLORENS, Ramón F. (ed.) (2000): *Literatura infantil y lectura en el fin de siglo (1898-1998)*. Universidad de Alicante-CAM, pp.69-90.
- ❖ DOCAMPO, P. Xabier (2002): *Leer, ¿para qué?*, en VV.AA. (2002): *Hablemos de leer*. Colección *La sombra de la palabra*. Anaya. Madrid.
- ❖ GARCÍA PADRINO, J. (1998a): “Vuelve la polémica: ¿Existe la literatura ... juvenil?”, *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, nº 31, enero/abril 1998, pp. 101-110.
- ❖ LÓPEZ, Amando y ENCABO, E. (2001b): *Mejorar la comunicación en niños y adolescentes*. Pirámide. Madrid.
- ❖ GARCÍA PADRINO, J. (2000c): “Libros y lectores en el fin de siglo”, LLORENS, Ramón F. (ed.) (2000): *Literatura infantil y lectura en el fin de siglo (1898-1998)*. Universidad de Alicante-CAM, pp.9-23.
- ❖ JANER MANILA, Gabriel (1995): *Literatura infantil i experiència cognitiva*. Pirene Educació. Barcelona.
- ❖ LUENGO ALMENA, Juan Luis (1997): “Necesidad de una programación de literatura juvenil en la formación inicial de secundaria”, *Actas de didáctica de la lengua y la literatura. Literatura Infantil y Juvenil. I Jornadas*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp.211-219.
- ❖ MERINO, José María (1994): “El escritor y la literatura infantil”, *CLIJ*, nº 63, pp.18-25.
- ❖ MORA, Luisa y MORÁN José (1996): “Menos y mejores libros para hacer buenos lectores”, *I Congreso Nacional del Libro Infantil y Juvenil*, Madrid.
- ❖ MORENO, V. (1993): *El deseo de leer*. Pamiela. Pamplona.
- ❖ MORENO VERDULLA, A. y SÁNCHEZ VERA, L. (2000): “Treinta años de evolución de los estudios universitarios de literatura infantil y juvenil en España”, *Literatura infantil y juvenil: tendencias actuales en investigación*. Universidad de Vigo. Vigo, pp. 85-96.
- ❖ OSORO Kepa: “La animación a la lectura: reflexiones y perspectivas”, MILLÁN, José Antonio (coord.) (2002): *La lectura en España. Informe 2002*. Federación de Gremios de Editores de España. Madrid.
- ❖ SORIANO, Marc (1995): *La literatura para niños y jóvenes*. Colihue. Buenos Aires.
- ❖ TEBEROSKY, A. y FERREIRO, Emilia (1979): *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*. Siglo XXI Editores. Madrid.
- ❖ TEIXIDOR, Emili (2002): “Algo más sobre ‘ese tipo de literatura’ que es la LIJ”, *CLIJ*, nº 156, pp.22-27.

ción lingüística y literaria en Secu
ndaria **La educación** lingüíst
ística y literaria en Secundaria
La educación lingüística y lite